

# Manipulaciones y olvidos

Jorge Olivera Castillo  
Escritor y periodista  
La Habana, Cuba

**E**l tema racial en Cuba continúa lejos de una dinámica que produzca soluciones concretas. No se logran traspasar los muros de la ambigüedad retórica, aunque en los últimos años hayan proliferado las iniciativas gubernamentales para la presunta erradicación del problema. No es subjetivo plantear que la variedad de tópicos enarbolados en simposios y conferencias donde se exponen causas, consecuencias y propuestas para corregir los desaciertos, terminan en una gaveta o marginalmente aplicados.

Hay sobrados motivos para pensar en la preeminencia de un interés de bajo perfil, circunscrito al debate académico y aun distante de un compromiso serio por ponerle coto a un fenómeno de insospechadas capacidades para la mimetización. Los prejuicios raciales en la Isla pasan inadvertidos entre tantos problemas también cotidianos, que abruman a grandes sectores independientemente de sus orígenes étnicos y otras importantes diferencias socio-culturales.

Siempre hubo tendencia a minimizar el impacto de las actitudes que manifiestan, sino el odio visceral, sí una suerte de aceptación condicionada de las personas de la raza negra. Este enfoque prevalece en medio de un escenario que apunta a ampliar el rango de la discriminación. El negro continúa siendo un

ciudadano de segunda categoría, apto solo para desempeñarse en expresiones folklóricas, empleos rudos y como fetiche sexual. En el caso de la mujer, el destino corre por un cauce similar. Aunque no se puede ser absoluto en ambas descripciones, es preciso subrayar que tal es la regla que define el comportamiento de una parte significativa de la población blanca residente en Cuba.

Tanto los olvidos voluntarios como los cuestionables esfuerzos por superar las barreras existentes, han cimentado una polarización que podría en algún momento alcanzar valores críticos, algo que dificultaría la construcción de una república post-totalitaria. Este problema va a tener sus efectos en el futuro mediato: que los más amargos conflictos de orden racial se mantengan fuera del foco de los medios de comunicación no es sinónimo de que estén superados. Lamentablemente, estos ocultamientos de la realidad han contribuido y contribuyen a cimentar una realidad falsa de lo que es Cuba.

Hay un hecho muy útil para fundamentar los puntos de vista aquí expuestos. Por supuesto que no es el único, pero pone al descubierto las prioridades de la nomenclatura. La asistencia con recursos monetarios, cobertura comunicacional e incluso probabilidades de obtener prerrogativas por medio de leyes

aprobadas en el parlamento, son parte de los logros del gubernamental Centro Nacional de Educación Sexual (CENESEX), dirigido por Mariela Castro Espín, hija del actual presidente cubano. Al comparar el dinamismo e implicación institucional a favor de reivindicaciones en materia de diversidad sexual, con lo que se hace por eliminar las taras raciales, se conoce cuáles son los intereses de la clase política en el poder.

El racismo, que algunos todavía niegan con argumentos poco creíbles, sigue apropiándose de nuevas parcelas mentales. Las nuevas generaciones crecen sin conocer la génesis y el desarrollo de un problema que se manifiesta a nivel nacional. Ante tal orfandad de elementos para comprender la esencia de antagonismos heredados hace más de 400 años, la juventud imita y se guía por actitudes y consejos que a menudo multiplican los rechazos al otro por causa de la pigmentación de su piel.

Ni en el hogar ni en la escuela ni en el barrio hay garantías de recibir una correcta formación en este sentido. Los referidos contextos casi siempre proveen la materia prima para mantener una perspectiva distorsionada sobre este capítulo inconcluso de una revolución que prometió la eliminación del flagelo. Hace falta que las dificultades en torno a la compleja convivencia entre blancos, mestizos y negros, traspase la ambigüedad y comience a ser tema de programas radiales y televisivos, páginas de periódicos y cuanto medio sea posible para el debate profundo que conduzca a resultados tangibles.

Aunque no ha habido un desagravio público contra los gays y lesbianas, y no creo

que haya tal intención mientras gobiernen los mismos que ordenaron la larga estela de castigos durante varias décadas, al menos pueden realizar marchas multitudinarias encabezadas por Mariela Castro y tener la certeza de que muchas de sus demandas tendrán finalmente la aprobación de la nomenclatura.

Los negros esperan por que se amplíe el universo de atención de las instancias del gobierno y así poder ventilar sus inquietudes en un ambiente en que su voz deje de ser un susurro a perderse entre el ruido del triunfalismo y las sombrías promesas emancipadoras. Por el momento la proclividad a ser considerado ladrón, irresponsable, disoluto, incapaz, drogadicto o cretino, entre otras calificaciones no menos alarmantes, es mucho más alta que la que enfrenta un ciudadano de la raza blanca. El estigma contra el negro llega más lejos. Tener la piel oscura y ser homosexual es una combinación explosiva. El desprecio en estos casos alcanza cualidades zoológicas: “No merecen estar vivos. Si por mí fuera los ahorcaría con una cuerda de nylon ahora mismo. No les basta con ser negros”. Así se expresó un ciudadano blanco ante el paso de dos travestis negros. Nada más parecido a la filosofía del Ku-Klux- Klan.

Por suerte esos deseos no son mayoritarios en Cuba. Es muy difícil que el racismo en Cuba conlleve a la práctica de esos extremismos. Sin embargo, es válido encender las alarmas. Es mejor precaver antes que tener que lamentar escenas como las que anidan en el cerebro de quienes prefieren ver a todos los negros en la cárcel o en un sarcófago.